Ana Trucco Dalmas, "La última escena: Beatriz Sarlo en el CeDInCI", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 7-9.

La última escena

Beatriz Sarlo en el CeDInCI

Quien algún día se proponga escribir la biografía de Beatriz Sarlo tendrá que enfrentarse a muchas encrucijadas, a diversos enigmas. Aunque ninguno tan sutilmente intrigante como la geografía de su adiós: su velorio en el CeDInCI, un archivo consagrado a preservar la memoria de las izquierdas, de las vanguardias, de los movimientos revolucionarios, emancipatorios y contestatarios que imaginaron otros futuros posibles.

Hay allí una imagen cuyo sentido merece ser interrogado. Sarlo, que hizo de la crítica una forma de pensar las derrotas, las ilusiones y las mutaciones de la izquierda argentina, terminó siendo despedida en un lugar dedicado precisamente a conservar sus rastros. Como si su último destino hubiera sido un archivo de las promesas políticas del siglo XX: la memoria de aquello que quiso transformar el mundo, de aquello que pudo haber sido y, muchas veces, no fue. Y quizá no haya escenario más "*sarleano*" para una despedida como esta: la última escena de Sarlo fue entre los restos materiales de las utopías que ella pasó buena parte de su vida leyendo, interrogando y discutiendo.

¿Era Beatriz Sarlo una intelectual de izquierda? Sin duda lo fue durante buena parte de su vida. Pero quizá haya una forma menos imprecisa de decirlo: la izquierda fue la gran tradición política y cultural sobre la que Sarlo pensó, escribió, discutió y se midió durante toda su trayectoria intelectual. Ninguna otra tradición interpeló con tanta fuerza su mirada ni exigió tanto de su pluma generosa y aguda. Fue en esas coordenadas donde Sarlo construyó su interpretación de la historia argentina y de la cultura de masas, sobre el peronismo y la tradición liberal. Y fue también desde allí que ingresó de lleno en el circuito mediático, construyendo una notoriedad periodística que cultivó con orgullo, pero sin hacer de esa exposición una renuncia a la exigencia intelectual que había definido siempre su intervención pública.

El enigma, entonces, parece disiparse y la escena empieza a encontrar su propia lógica. Que Sarlo haya sido despedida allí no sorprende y hasta parece inevitable: existe una afinidad profunda entre su trayectoria intelectual y ese lugar, que terminó siendo también el escenario de su último adiós. Pocas figuras encarnaron como ella el ejercicio incesante de la crítica, la autorreflexión y la conversación intelectual, ese espíritu inseparable de las culturas de izquierda que el CeDInCI no sólo preserva en sus documentos y sus bibliotecas, sino que intenta prolongar en el presente. Y puede hacerlo, en buena medida, porque ha construido una forma de existencia institucional singular: independiente, parcialmente autogestionada y sostenida por el aporte de sus socios, al margen de las contingencias del poder estatal y del signo político de los gobiernos de turno. Esa autonomía no es un detalle administrativo, sino una condición de posibilidad para conservar viva una tradición crítica sin quedar subordinada a las necesidades, los silencios o las conveniencias de cada época. Y es precisamente esa afinidad la que vuelve la escena aún más intensa: no un enigma que haya que resolver, sino una imagen cargada de sentidos que acaso no exijan ser descifrados, sino apenas mencionados, evocados, señalados.

Pero volvamos sobre la escena de su velorio y sobre otro de los interrogantes que todavía resuenan en ella: ¿por qué se hizo en el CeDInCI y no en la Biblioteca Nacional? ¿Por qué no en la Facultad de Filosofía y Letras, donde durante tantos años Beatriz dio sus clases de Literatura Argentina, convirtiéndose en una de las profesoras más importantes de esa Facultad? ¿Por qué no velar sus restos en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires siendo Sarlo una figura indiscutida de la cultura porteña? La respuesta no se agota en una cercanía afectiva ni en una elección circunstancial. Entre la trayectoria de Sarlo y el CeDInCI existe una genealogía intelectual concreta, una continuidad hecha de problemas, lecturas y métodos compartidos. Desde **Punto de Vista** y el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes hasta el trabajo desarrollado posteriormente por el CeDInCI, puede reconocerse una constelación común de inquietudes. Los estudios sobre la recepción, la sociología de la literatura, el ensayo, la historia del libro, las culturas de izquierda y la circulación de las ideas llevan todavía

Ana Trucco Dalmas, "La última escena: Beatriz Sarlo en el CeDInCI", en **Políticas de la Memoria**, n° 26, Buenos Aires, 2026, pp. 7-9.

la marca de preguntas que Sarlo contribuyó decisivamente a instalar en el campo intelectual argentino. El CeDInCI recogió y prolongó buena parte de esa tradición, no como una herencia inmóvil, sino como un programa vivo de investigación y crítica. Por eso, velarla entre libros, revistas, archivos y papeles no fue un gesto arbitrario ni meramente simbólico, tampoco una insistencia melancólica o estética de la romantización: fue también el reconocimiento de una comunidad intelectual que continúa pensando con algunas de las herramientas que ella ayudó a construir.

Ahora bien, esa última escena de Beatriz contiene otra imagen, acaso más elocuente todavía: pocos meses después de haber despedido allí sus restos, el CeDInCI recibió también sus libros y sus papeles. Si Sarlo dejó poco claro qué debía hacerse con su herencia inmueble, esto es: con su departamento —abriendo un largo affaire que involucraría a un marido legal y a un portero advenedizo—, fue en cambio inequívoca respecto del destino de su biblioteca y de sus archivos personales. Antes de morir, había expresado que quería que su biblioteca y su archivo personal quedaran bajo la custodia del CeDInCI. Sus amigos cumplieron esa voluntad: alrededor de cuatro mil volúmenes, junto con cartas, fotografías, borradores, recortes, entrevistas y fichas de investigación, fueron trasladados desde su estudio de la calle Talcahuano al archivo de Rodríguez Peña. Allí están siendo ordenados, catalogados y, finalmente, puestos a disposición de quienes quieran consultarlos.

Quizás allí pueda encontrarse otro sentido para aquella escena inicial. Sarlo no fue solamente velada en un archivo. Fue velada en el lugar al que había decidido confiar una parte decisiva de lo que sobreviviría a su muerte. El CeDInCI se convirtió en el espacio destinado a recibir aquello que todavía podía seguir hablando por ella. Primero sus restos; después, sus rastros. Y entre unos y otros aparece una forma singular de la herencia: no la transmisión privada de una propiedad, sino la decisión de transformar una vida intelectual en patrimonio común.

Una biblioteca y un archivo personal no guardan solamente libros y documentos: conservan, de manera siempre incompleta, la arquitectura de una vida. Son, sin querer serlo, las piezas de una autobiografía Y Sarlo decidió que esa arquitectura autobiográfica quedará en una institución dedicada precisamente a hacer de los papeles privados una memoria pública. Para el CeDInCI recibir esa herencia significa algo más que la incorporación de un fondo extraordinario. Funciona, de algún modo, como una consagración institucional: la prueba de que este archivo nacido para rescatar papeles dispersos, revistas olvidadas y memorias de las izquierdas es el lugar indicado para recibir y preservar uno de los grandes legados intelectuales argentinos del siglo XX. Sarlo eligió al CeDInCI y, al elegirlo, también dijo algo sobre el CeDInCI.

Pero Beatriz nunca hizo de la condescendencia una virtud. ¿Por qué habríamos entonces de concedérsela a su última escena? Seamos sinceros y advirtamos aquello que su muerte y el duelo nos empuja a pensar. Velarla en el CeDInCI auspicia, desde una mirada ultra pesimista, una lectura inquietante: la de un archivo de las izquierdas que corre el riesgo de parecerse cada vez más a un cementerio de ideas. No porque aquello que conserva haya perdido valor, sino porque buena parte de las tradiciones políticas, intelectuales y culturales allí reunidas parecen haber quedado confinadas al territorio de la memoria. El archivo, pensado para rescatar del olvido las huellas de quienes imaginaron otros órdenes posibles, podría leerse entonces como el mausoleo de nuestro siglo XX: el lugar donde reposan sus grandes lenguajes emancipatorios, sus controversias, sus derrotas y también una confianza en el futuro que hoy parece mucho más difícil de sostener. Pero lo que parece amenazado no es solamente un conjunto de ideas, sino el propio circuito de la crítica: la lectura atenta, la interpretación, la libertad de disentir, la capacidad de revisar las propias certezas, la empatía necesaria para comprender aquello que nos resulta ajeno y el debate como forma de construir pensamiento. Sarlo fue, quizá como pocas figuras de su generación, una expresión cabal de ese circuito: leer, interpretar, discutir, volver sobre lo pensado y empezar otra vez.

Con todo, la desaparición física de Beatriz consolida otros temores, si se la observa desde este presente: mientras la revolución digital modifica radicalmente nuestra relación con la lectura y con la memoria, el papel pierde centralidad y las bibliotecas parecen pertenecer a un mundo en retirada, las nuevas derechas avanzan a escala global impugnando no sólo muchas de las certezas políticas y culturales que estructuraron el siglo XX, sino también los procedimientos intelectuales que permitían ponerlas en cuestión. En una época que premia la velocidad sobre la lectura, la afirmación sobre la duda y la provocación sobre el argumento, también la crítica parece querer ser soterrada. En ese cruce, velar a Sarlo entre libros, revistas, panfletos y documentos de las izquierdas podría parecer la imagen perfecta de un doble duelo: no sólo la despedida de una de las grandes intelectuales argentinas, sino también la de una época en la que todavía se creía que pensar implicaba demorarse, discutir, interpretar y que las ideas podían organizar el porvenir. La pregunta, entonces, es si estamos frente a un cementerio o frente a una reserva: si esos papeles son únicamente los restos de un mundo terminado o los materiales con los que, alguna vez, podrá imaginarse otro.

Pero los archivos, aunque puedan parecerse a los cementerios por su vínculo con el pasado, son algo muy distinto. Tal vez ocurra, incluso, exactamente lo contrario. Un archivo no entierra ni convierte en cenizas los rastros del pasado: los mantiene

disponibles. Conserva aquello que el presente podría preferir dar por definitivamente vencido. En ese sentido, el archivo es también una certeza: la certeza de que las derrotas políticas no vuelven inútiles a las ideas y de que, aun cuando una época se empeñe en clausurarlas, siempre hará falta un lugar donde puedan volver a ser encontradas y revisadas, a caso recuperadas. En esa certeza se inscribe la última escena de Beatriz: su adiós y su partida, pero también su vida, su archivo y su biblioteca, quedarán ahora disponibles para todo aquel que, alguna vez, quiera rescatarlos. *¡Que así sea!*

Ana Trucco Dalmas